



“El Almacén de mi tío Desiderio”: un almacén con olor a nuevo.

Delicadas estampas de nuestra tierra adentro nos presenta el Sacerdote Jesuita Alberto Arraño, en su libro “El Almacén de mi tío Desiderio”. “En los años mozos pasé vacaciones en casa de mi abuelo, don José de los Santos Acevedo y Palazuelos –todo un hombre–, propiedad ubicada en Quibdó de Nuevo Rincón, en la zona sur de Chiklagua; ahí me relacioné con el quehacer campesino en sus diversos rubros: faenas de labranza, convoyes de carretas, trillas a yegua, haces bien montados con la cabal exigencia del atrevido criollo; amasadores y troperos de molas que llegaba por caminos costeros hasta el mismo puerto de Valparaíso.

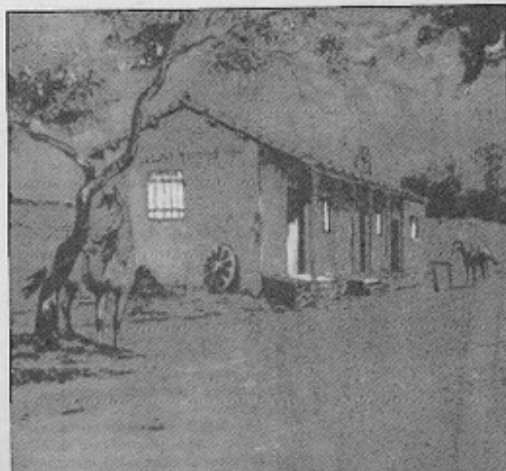
Todo eso ha quedado en mi alma y todo eso se lo ha llevado el tiempo en su dura trayectoria trágica. Sin embargo, se revive la nostalgia de aquella época como un perfume desvaldo, como una canción lejana, como un triste rumor que nos marchita los labios en un largo silencio”.

Texto breve, trágico en su forma, de contenida fuerza entre líneas. La facilidad y el mayor mérito del autor es cuando se mete en el desarrollo de las historias, ágil flirte con lenguaje propio a los personajes en su brutalidad, en su rudeza, en sus acciones simples; más retentivos que elaborados, les habla la experiencia. Los muestra tal como son y quieren seguir siendo. Un cierto precioso del Sacerdote Arraño.

En síntesis, son pequeños cuentos reminiscentes, con el olor propio de la tierra húmeda. El Sacerdote Arraño se maneja con soltura; sumerge intencionalmente detrás de los estantes del Almacén de mi tío. Se trasluce una mano de confidente, o quizás lo merecimos conscientemente al saber su procedencia.

Dejemos que un texto nos sitúe en su justa dimensión, reproduciremos la estampa pueblerina “Tello Acevedo, domador”:

“Por ahí se le ve ahora, veintecón, empobrecido, desaparecido; tal vez aún rapados de hueso, garzados y sin las



EL ALMACEN DE MI TIO DESIDERIO

tre; lleva una manta de castilla, vieja y descolorida, un mayor valor, que lo saca de apuros cuando la noche lo sorprende en desamparo; lo cubre un sombrero alón, raído y deformado. Pero lo peor de todo es que ni siquiera dispone de un caballo para desplazarse de un punto a otro, como en otro tiempo. La verdad es que si se encuentra en tal situación es porque fue algo proclive al vino, al que nunca le faltaba en sus trabajos de domador, en el oficio de arriero o en sus días de capataz. Ahora bordea los setenta años; nunca formó su hogar; si bien es cierto que enamoraba a las mozas de la tierra con su

estampa de prete catalán y apuesto, nunca había en serio con ninguna para hacerla su compañera en la vida doméstica.

Mi abuelo, hombre de fortuna en la comarca como que, además de un almacén en que había de un todo, trabajaba medio en anodina en la compra y venta de animales, se vivió muchas veces de él para conducir los niños desde las parcas tierras costeras hasta los húmedos campos talajeros de Tuncá, por las proximidades de San Vicente de Tagua Tagua. Remota él, mediante el truco, unos veinte vacunos y llevaba al hombre para enco-

medarle la conducción al punto antes nombrado.

– A ver, Tello, bono, si me llevas estos animales a Tuncá para su crianza y engorda.

– De allá somos, patrón.

Daba gusto verlo cotonear; era otra persona cuando le cucontaban una tarea de esta laya, porque se encontraba en su medio ambiente. Comunicaba va alegría a medio amonito. Conseguía otro puñado de sus quisas aficiones y una manana cualquiera, al primer canto de los gallos, cuando las luces del alba perlaban los picachos cordilleros y en el cielo alguien apagaba las últimas estrellas, él partía con el piño por esos caminos de Dios hasta dejarlo en el lugar señalado.

Entonces si que vestía bien; destornillaba una ropa, chamusco de vivos colores, chaqueta con cintas de bonos, a los costados, calzaba zapatos de ración alto, donde se alteraban grandes espaldas sonoras al pegajoso barro remozado de cuero de boro. Había que llamar la atención del mocoso toncano y sanvicentino con la gallardía de su figura y vestimenta.

La fortuna era dura y aciaga por demás; debía soportar por dos o tres días los fieros colores aporados en los llanos; debía cubrir el cocaví sobre el lomo del caballo y pasar las noches donde éstas lo pilaban; vidando ríos y arroyos, subiendo cuevas y repechos con la tropa cansada, ávida y sedienta. Sin embargo, el hombre quedaba entero, pues se sabía capaz de más para sacrificios de tal naturaleza. Por eso ahora da no sé qué velo efímero, venido a menos, empobrecido, soportando las miradas despectivas y aviesas de quien lo ve por los caminos, sin darse cuenta de que fue persona gallarda y apuesta en sus tiempos mozos y sin conocer su pericia en los trabajos de domadura y arreo.

Tello Acevedo, aquí como al desgaire va esta glosa para dejar la estampa y agradecerle el variado de aventuras con que poblate mi imaginación en la ya lejana infancia.

Alberto Arraño, S.J. / G.P.

El almacén de mi tío desiderio": un almacén con olor a nuevo.

[artículo] G. P.

AUTORÍA

G. P.

FECHA DE PUBLICACIÓN

1983

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El almacén de mi tío desiderio": un almacén con olor a nuevo. [artículo] G. P. il.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile